

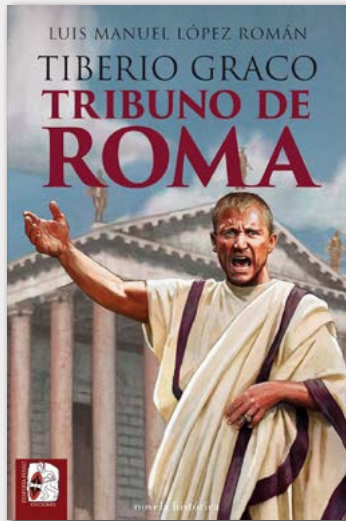
LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN
TIBERIO GRACO
**TRIBUNO DE
ROMA**
novela histórica

DOSIER DE PRENSA



Tiberio Graco: populista, revolucionario, mártir

Tras explorar en el volumen anterior la faceta más militar del personaje en torno a la conquista y destrucción de Cartago, esta segunda entrega, desenlace de la bilogía de novela histórica dedicada a Tiberio Graco, se reencuentra con su protagonista en la durísima guerra contra Numancia para ahondar a continuación en su carrera más política: su convulso tribunado de la plebe en el tumultuoso mundo de la Roma republicana, que lo erigirá en símbolo imperecedero de las clases populares... al precio más alto posible.



Tiberio Graco.
Tribuno de Roma
978-84-129810-4-9
720 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

«Los romanos reciben el nombre de dueños del mundo, pero no tienen ni un terrón suyo». Una década después de haber participado en la destrucción de Cartago y de haber disfrutado de las mieles del triunfo, Tiberio Sempronio Graco deberá enfrentarse a un enemigo aún más duro y correoso que los púnicos. Numancia, cabeza de los belicosos celtíberos, lleva años plantando cara a Roma y Tiberio marchará a Hispania para combatir como cuestor junto con el cónsul Mancino. Solo su actuación decisiva evitará la aniquilación de las legiones, humilladas una vez más por los numantinos. Recibido como un héroe por el pueblo romano, será, sin embargo, víctima de las rencillas que emponzoñan el Senado, a menudo más acerbos que la propia guerra. Tiberio, cada vez más consciente de los problemas que azotan a su patria, atormentado por la degradación de la vida de sus conciudadanos, obligados a luchar en lejanas campañas mientras sus tierras son usurpadas por la oligarquía senatorial, pugnará como tribuno de la plebe por cambiar una Roma podrida. Una tarea para la que tendrá que maniobrar en la intrincada política romana y enfrentarse a poderosos enemigos en el Senado, dispuestos a todo para conservar sus privilegios. Tras *Tiberio Graco. Tribuno de las legiones*, en esta segunda parte, *Tiberio Graco. Tribuno de Roma*, Luis Manuel López Román culmina la trayectoria de un personaje que cambió la historia de Roma, una novela histórica apasionante que refleja el peligroso y maquiavélico juego político en una res pblica que se despeñaba hacia la autodestrucción, ahíta después de conquistar el mundo.



Luis Manuel López Román (Madrid, 1982) es licenciado en Historia y Filología Clásica en la Universidad Complutense de Madrid, en la que permaneció durante varios años como investigador del departamento de Historia Antigua, y actualmente se dedica a la enseñanza secundaria. Ha dirigido proyectos de divulgación de la Historia y la Cultura Clásica en portales webs y en redes sociales y ha colaborado en programas de radio. En 2020 publicó su primera novela, *Oscuro Roma*, inicio de la serie sobre Marco Lemurio, que combina historia con elementos de misterio, terror y fantasía, y que ya cuenta con cuatro entregas. *Tiberio Graco. Tribuno de las legiones* fue su primera novela en Desperta Ferro Ediciones.

En librerías el 28 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

Con esta novela se cierra el ciclo narrativo alrededor de Tiberio Sempronio Graco, un personaje trascendental para el devenir de una República romana que ya no volverá a ser la misma.

Corrupción, desidia, falta de liderazgo y derrotismo: en Hispania, como cuestor, Tiberio Graco asume por convicción y tradición familiar las riendas de una situación que pone a Roma al filo del precipicio en esta convulsa provincia.

Dejamos en la novela anterior a Tiberio Graco y Escipión Emiliano, primos y cuñados, como enemigos al regresar de Cartago. Pero la enemistad personal y política no ha dado aún sus últimos coletazos...

Asistimos a los debates en el Senado y las discusiones en las asambleas populares: la política romana en estado vivo y como pocas veces se ha recreado en la novela histórica.

Las luchas políticas en Roma se recrudecen alrededor de la figura de Graco, que decidirá, incluso contra el parecer prudente de sus aliados y protectores, erigirse en la voz del pueblo romano frente a las injusticias.

Se producen cambios revolucionarios en la política tradicional romana: un tribuno de la plebe promulga una ley agraria en contra del parecer del Senado y desafía su proverbial autoridad sobre decisiones relacionadas con la política exterior.

El pueblo de Roma halla en Tiberio Graco a su paladín y le aclamarán y acompañarán por las calles de Roma. Pero el populismo tiene muchas caras: ¿hasta dónde estará dispuesto Graco a llegar?

Como en la novela precedente, volveremos a disfrutar con personajes inolvidables y situaciones extremadamente complicadas, y con el regusto de una prosa que cobra vida desde sus páginas.



¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de Desperta Ferro. Disfrútala y recrea en sus detalles.





EL MUNDO MEDITERRÁNEO O LA ECÚMENE

Cuando Tiberio Graco nace en torno a 165 a. C., Roma es la potencia dominante en la cuenca mediterránea, pero aún no utiliza el apelativo *Nostrum* para un mar en el que Cartago, aunque domeñada, todavía es vista como una amenaza para los tradicionalistas como Catón. Por otro lado, en el Mediterráneo oriental, incluso tras derrotar y cuartear el viejo reino de Macedonia gracias a la victoria de Lucio Emilio Paulo, padre biológico de Escipión Emiliano –el futuro destructor de Cartago–, los reinos seléucida (en Siria y parte del Oriente Próximo) y ptomelaico (Egipto) pugnan por una cierta autonomía con permiso romano.

Esta ecúmene, no obstante, ha cambiado cuando Tiberio Graco asume la cuestura en 137 a. C.: Macedonia es una provincia romana más, como el territorio alrededor de la destruida Cartago (África), el reino seléucida sobrevive cada vez más menguado ante el embate parto en el este y las guerras civiles en torno a la capital, del mismo modo que Egipto presenta una cierta estabilidad que no oculta su situación de cuasi protectorado romano. Solo Hispania, en el occidente del mar, se presenta como un problema permanente para Roma: solventada la cuestión del lusitano Viriato (mediante traidores que le asesinaron y que Roma no paga), Numancia, en la provincia hispana Citerior, se revela como un particular cáncer para el prestigio romano y que solo Escipión Emiliano, mediante un asedio concienzudo, logrará eliminar al tiempo que en las calles de Roma corre la sangre por el asesinato de Tiberio Graco y sus partidarios.

LA POLÍTICA EN ROMA

La República romana desde el final de la Segunda Guerra Púnica en 201 a. C. y hasta el triunfo cartaginés de Escipión Emiliano en 146 a. C. vivió medio siglo en el que diversas facciones políticas se sucedieron a la hora de diseñar una política que gestionara, por un lado, una intensa serie de guerras en el exterior y, por otro, cambios en la estructura socioeconómica para los que no estaba aún preparada. Efémeras alianzas entre las familias de la élite patricio-plebeya –los Escipiones, los Fabios, los Emilios, los Claudios, los Fulvios– no permitieron que una sola facción política mantuviera su influencia en el devenir de los asuntos públicos durante más que unos pocos años: Flaminio y Escipión el Africano, por ejemplo, a pesar de su juventud, no lograron mantener una situación estable, y aunque ejercieron la censura –el peldaño más honorífico del *cursus honorum*–, su influencia fue corta e incluso con un final traumático, caso del Africano; sectores conservadores del Senado romano, con Catón a la cabeza, se encargaron de cortar las alas de quienes querían destacar muy por encima de sus iguales.

Cuando Escipión Emiliano regresó de Cartago, convertido en el hombre del momento, Roma estaba

sumida en problemas internos y externos. El principal problema interno fue que ya se notaba la escasez de los ciudadanos-soldados tradicionales –aquellos que desde las clases censitarias nutrían las legiones pagando su equipamiento de su bolsillo–, ante un empobrecimiento de la pequeña y mediana propiedad en Italia; gran parte de estas tierras acabaron en manos de grandes terratenientes que, cada vez más, utilizaban mano de obra esclava procedente de los botines de guerra en el extranjero. Cayo Lelio, cónsul en 140 a. C., presentó una tímida reforma agraria que pronto retiró ante la oposición de la mayoría senatorial, que se beneficiaba de la explotación de la mayor parte de tierra pública.

La gestión política en Roma estaba *de iure* en manos de las decisiones del pueblo romano, mediante las votaciones de leyes en las asambleas populares –los comicios centuriados y tributos, en concreto–, pero *de facto* era controlada desde el Senado, que se atribuía en exclusiva la política exterior y tutelaba la interior, mediante tribunos de la plebe dóciles que no se salían de los estrictos márgenes de sus poderes y cónsules que se elegían entre las principales familias. Pero sería el giro de Tiberio Graco durante su tribunado el que dio una nueva dimensión a esta magistratura.

HISPANIA COMO PROBLEMA

Antes de ser tribuno, Tiberio fue cuestor en la Hispania Citerior, escogido por el cónsul Cayo Hostilio Mancino. La situación no era fácil en esta provincia, donde los acuerdos de paz del padre de Graco, también llamado Tiberio Sempronio Graco, firmados con los pueblos celtíberos en 179 a. C. se rompieron en 154 a. C. a causa de la fortificación de la ciudad de Segeda y abrieron el camino para un conflicto que duraría dos décadas.

La decisión de esta ciudad celtíbera de ampliar sus murallas fue asumida por el Senado romano como una ruptura de los acuerdos de Graco padre y se envió un ejército al mando del cónsul Quinto Fulvio Nobilior en 153 a. C.; pero este fue derrotado y comenzó una sucesión de procónsules que fracasaron a la hora de reducir a los celtíberos: Marco Claudio Marcelo, Lucio Licinio Lúculo (bajo el cual sirvió Escipión Emiliano como tribuno militar), Cayo Lelio, Quinto Cecilio Metelo Numídico, Quinto Pompeyo –quien firmó un acuerdo de paz del que luego se desdijo en Roma– y Marco Popilio Lenas, ninguno de ellos consiguió resolver la situación, al tiempo que los celtíberos se consolidaron tras la ciudad arévaca de Numancia. Hispania resultaba un problema, y en las dos provincias: en la Ulterior el caudillo lusitano Viriato mantuvo en jaque a varios procónsules con sus legiones entre 147 y 139 a. C.; asesinado el lusitano, la guerra se trasladó con el cónsul Décimo Junio Bruto al norte, hacia los pueblos galaicos, situación que se menciona en el inicio de esta novela.



Considerada una provincia problemática, causa de derrotas infamantes y de saqueos indiscriminados, Hispania fue la tumba de muchos romanos y del prestigio de sus comandantes. El envío del cónsul Mancino, en 137 a. C., no cambió las cosas, sino que las agravó, al ser derrotado seriamente y verse obligado a firmar un tratado de paz –negociado por Tiberio Graco gracias al prestigio que su padre aún tenía entre los celtíberos– que prácticamente situaba a los numantinos en un estado de igualdad con los romanos. A su regreso, el Senado romano rechazó el acuerdo y condenó a Mancino, a quien se culpó del desastre, a la ignominia de ser entregado a los numantinos para que hiciesen con él como quisieran; no lo aceptaron cuando se presentó desnudo ante sus puertas. Tiberio Graco se salvó de ser condenado, probablemente por el prestigio de su familia y la intercesión de Escipión Emiliano.

No es casual que al cabo de tres años, en 134 a. C., y ante el callejón sin salida que suponía la guerra numantina, el propio Escipión fuera elegido de nuevo cónsul, aun sin reunir los requisitos, y enviado a Hispania para terminar una contienda vergonzosa, como también fue la de Cartago doce años antes. Con el mismo modo metódico que empleara en los Castra Cornelia frente a la capital púnica, Emiliano reorganizó y disciplinó las desmoralizadas tropas romanas acantonadas frente a Numancia, rompió las cadenas de suministros de esta ciudad y la asedió hasta forzar su rendición por hambre, destruyéndola a continuación y vendiendo como esclavos a los habitantes que quedaban. Un magro botín, a diferencia del fastuoso en Cartago, quedó para quienes por fin acabaron con la resistencia de Numancia durante dos décadas.

TIBERIO GRACO Y EL TRIBUNADO DE LA PLEBE

Con Tiberio Graco como tribuno en 133 a. C., esta magistratura, hasta entonces dócil ante el Senado, dio un nuevo giro. Para ello, Tiberio se aprovechó de sus tres rasgos significativos: la capacidad del tribuno para convocar la asamblea popular (*Concilium plebis*) y aprobar leyes; la posibilidad de vetar cualquier ley o disposición que se considerara que afectaba a la plebe (*ius intercessionis*), y que se podría utilizar con otros fines; y el carácter sacrosanto de la figura de los propios tribunos, inviolables, de modo que cualquier agresión a su figura pudiera ser considerada *sacer* y los perpetradores condenados a muerte.

Tiberio utilizó los dos primeros elementos a su conveniencia, incluso fue más allá, al asumir decisiones sobre política exterior que hasta entonces se consideraban competencias del Senado. Pero no pudo controlar la violencia que se desató en las calles –en cierto modo se benefició de ella– y a la postre fue asesinado antes de que acabara su mandato, cuando además planteó su reelección al cargo. Con su muerte se inició una práctica que perduraría en las décadas siguientes –y que también sufrió su hermano Cayo diez años después–: el asesinato de aquellos tribunos de la plebe considerados «conflictivos» por parte de los sectores más conservadores del Senado y que asumieron un poder hasta entonces inédito.

LA REFORMA AGRARIA

La idea de una redistribución agraria entre los ciudadanos romanos que no tenían tierras quedó en el ambiente tras la retirada de la ley de Lelio. Tiberio Graco, situado en el seno de la facción de Apio Claudio Pulcro, recogió y amplió el proyecto y puso al día una antigua legislación –las leyes Licinias-Sextias de 367 a. C.– que se proponía repartir lotes de tierra de hasta 250 hectáreas entre familias desposeídas, aun a costa de expropiarla de terratenientes (muchos de ellos senadores) que la detentaban, teóricamente, en usufructo.

Si Lelio recibió el *cognomen* de *Sapiens* (sabio) por su prudente decisión de no ejecutar una reforma agraria que levantaría suspicacias entre los de su clase, Tiberio Graco se granjeó la oposición de los senadores más conservadores, y quién sabe si incluso entre los de su propia facción. Con Escipión Emiliano ausente en Hispania, su facción estaba dirigida por Lelio, quien presentó una oposición moderada en un principio, mientras que gran parte de los senadores más reaccionarios se reunieron tras las filas de hombres como Quinto Pompeyo, Quinto Cecilio Metelo Macedónico y Publio Cornelio Escipión Nasica. Apio Claudio Pulcro, suegro de Graco, lideró la facción que dio apoyo a una reforma agraria audaz pero dentro de los márgenes de la tradición. Votada a favor por la asamblea plebeya, la conformación de

un colegio de triunviros encargada de expropiar y distribuir las tierras públicas ya mostró las cartas de que la reforma agraria sería cosa de una facción en particular, al colocarse Tiberio a sí mismo, a su suegro y a su hermano Cayo como miembros de esa comisión triunviral.

EL FINAL DEL TRIBUNADO DE TIBERIO GRACO

La radicalización de Tiberio Graco empezó a preocupar a sus aliados. Cuando se presentó la ley agraria ante el pueblo y un colega tribuno, Marco Octavio, la vetó, la respuesta de Graco fue lograr que la plebe, mediante votación depusiera a Octavio, argumentando que un magistrado elegido por el pueblo no podía vetar una iniciativa que iba a favor de su voluntad e intereses. Las cosas se agravaron cuando el Senado negó cualquier partida económica para financiar la ejecución de su ley agraria y Tiberio contraatacó al reclamar que el legado del rey de Pérgamo –quien a su muerte había dejado su reino como herencia al pueblo romano–, fuera utilizado para sufragar el reparto de tierras. Al actuar así, Tiberio se inmiscuía en la costumbre de que fuera el Senado quien decidiera sobre cualquier competencia relacionada con la política exterior. Para acabar de dinamitar sus relaciones con el Senado, Tiberio tomó la decisión –no inaudita pero no realizada desde hacía al menos dos siglos–, de volver a presentarse candidato al tribunado de la plebe para el año siguiente; su hermano Cayo sí lo conseguiría en 122 a. C.

La suma de todas estas decisiones, el auge de la violencia en las calles y una inusitada campaña de bulos contra el propio Tiberio –a quien se acusaba de aspirar a la realeza– marcaron el camino para su asesinato, junto con muchos de sus partidarios, en el Capitolio por parte de un grupo de senadores jaleados por el pontífice máximo, su primo Escipión Nasica. Su muerte marcó un antes y un después, pues quedó hecha añicos la idea de que los tribunos de la plebe eran inviolables, y también se certificó que, en adelante, estos magistrados se constituirían en un núcleo de poder, legislación y activismo a lo largo del último siglo republicano.

LA PLEBE ROMANA

La reforma agraria de Tiberio Graco, que contó con el apoyo de una parte de la élite senatorial –al menos en sus primeros estadios, hasta que la radicalización de la política de Graco le enajenaron muchos seguidores, es posible que incluso el apoyo de su suegro Claudio Pulcro–, estaba concebida en interés del pueblo romano en general; pero en particular de aquella plebe rural que se había visto desposeída de sus pequeñas propiedades en las décadas anteriores como consecuencia de los estragos de la Guerra de Aníbal en suelo italiano y que en gran parte



nutrió de soldados las legiones romanas. Una plebe rural que en muchos casos emigró a las ciudades, Roma en particular, en busca de medios de vida para subsistir.

Pero es probable que el apoyo que concitara su ley agraria entre la plebe rural, gran parte de la cual se trasladó en invierno a la capital en apoyo de la misma, precisamente durante los meses en los que era menor el trabajo en el campo –ello explicaría también por qué el apoyo a Graco fue menor en verano, cuando se iniciaban los trabajos de cosecha en el campo–, no fuera similar entre la plebe urbana. Esta, formada por artesanos, obreros en construcciones o sin un oficio claro pero malviviendo en la gran ciudad, no estaba tan interesada en repartos de tierras, con las contraprestaciones que estas supo-

nían (a nivel fiscal o de ser enrolada en las legiones), y prefirieran quedarse en Roma, si no a la espera de una sopa boba –que Cayo Graco garantizaría mediante la aprobación de repartos subvencionados de grano–, sí con otras contrapartidas que no estaban previstas, y que futuros tribunos como Saturnino y Clodio les ofrecerían.

Aquí es donde figuras como el ficticio Tito Cluvio de esta novela, tabernero y cliente de Tiberio Graco que actúa como portavoz de su patrono entre la plebe, se darían cuenta de que el apoyo de la plebe a Graco no era exactamente el mismo entre aquellos que ansiaban poseer unas tierras, por pocas que fuesen, respecto a aquellos otros que hallaron en la ciudad otros medios de subsistencia y no deseaban volver al arduo trabajo en la campiña.

DRAMATIS PERSONAE

Tiberio Sempronio Graco (ca. 165-133 a. C.)

Conocimos al Tiberio niño de 11 años y al Tiberio joven de 18-19, y ahora conocemos al Tiberio adulto: primero como cuestor en Hispania en 137 a. C. y después como tribuno de la plebe en 133 a. C. Sigue siendo el mismo joven con un elevado sentido de la justicia, pero ha madurado y es consciente, por un lado, del legado familiar, de su abuelo Escipión el Africano y de sus padres Graco sénior y Cornelia, y, por otro, de que tiene una misión a favor del pueblo romano. En Hispania se erige en salvador de unas legiones asediadas por el enemigo, y en Roma como el defensor de la plebe frente a los privilegios de la élite senatorial. ¿Hasta dónde será capaz de llegar para defender aquello en lo que más cree?

Publio Cornelio Escipión Emiliano (ca. 185-129 a. C.)

Escipión Emiliano lo ha conseguido todo: consulado, triunfo, censura, prestigio internacional, liderar una influyente facción política... pero su matrimonio con su prima Sempronia es fuente de infelicidad y rencor, y no ha logrado tener descendencia. ¿Qué puede hacer uno de los romanos más importantes de su generación, si no el más destacado, cuando lo ha conseguido todo en la vida pública pero ha fracasado en la privada? La década posterior a su victoria en Cartago ha sido complicada para Emiliano, pero aún puede volver a ser el primero de los romanos: Numancia está por llegar.

Cayo Sempronio Graco (154-121 a. C.)

Minusvalorado por su hermano mayor Tiberio, el adolescente Cayo Graco persigue sus propios sueños. Le frustra que Tiberio lo ate corto y no le permita mostrarse como él quisiera. Pero Cayo es un Sempronio Graco y tiene un gran futuro por delante, si sabe jugar sus cartas, aunque estas no siempre serán bien vistas por quienes le rodean. Impulsivo pero leal y de noble corazón, Cayo Graco aún tiene mucho que aprender y, a pesar de las diferencias con su hermano, sabe que tiene un legado familiar que proteger y engrandecer. El futuro es suyo.

Cornelia (s. II a. C.)

La viuda de Graco sénior y madre de Tiberio, Cayo y Sempronia, es ya una mujer madura pero no ha perdido un ápice de su dignidad y del lugar que considera que debe tener una matrona romana. Solo sus nietos parecen penetrar en la dura coraza que ha creado para

sí. Pero Cornelia ama a sus hijos y cree en su potencial, sobre todo un Tiberio ya adulto que se está forjando en la política de primer nivel y debe defender el buen nombre de los Sempronios Gracos y el legado de Escipión el Africano. Para ella, Tiberio hace lo que debe hacer, pues, en sus palabras, «esto es Roma».

Apio Claudio Pulcro (ca. 185-ca. 130 a. C.)

Suegro y mentor de Tiberio Graco, Claudio es un líder nato entre sus amigos y partidarios y tiene una agenda política que defender. Dirige los pasos de su yerno y le preocupa que en ocasiones este no conozca a fondo el competitivo y feroz mundo de la política romana. Amante del buen vino y felizmente casado en segundas nupcias, es consciente que Roma está cambiando, pero también de que las novedades deben llegar poco a poco. Poco a poco descubrirá que ha subestimado a Tiberio.

Publio Mucio Escévola (180-115 a. C.) y Publio Licinio Craso Dives Muciano (ca. 180-130 a. C.)

Hermanos de sangre, ambos son los hombres de confianza de Apio Claudio Pulcro en su facción política y también tutelan los pasos del joven Tiberio Graco en la política romana de primer orden. Escévola es jurista por naturaleza y durante su consulado en 133 a. C. deberá lidiar con el convulso tribunado de Tiberio, Craso, socarrón y leal, será el aliado natural de su hermano, al que protege cuando las cosas se le complican. Como Claudio, ambos serán testigos de cómo Tiberio Graco no se limita a ser un peón en la política de la facción, sino que no dudará en poner en jaque las bases de la política tradicional de la República.

Cayo Hostilio Mancino

Perteneciente a una familia enemiga de Escipión Emiliano y Tiberio Graco, Cayo Mancino es elegido cónsul para el año 137 a. C., recibe el mando de la Hispania Citerior y, aun desafiando a su hermano Lucio, decide llevar consigo a Tiberio como cuestor. Pero no sabrá lidiar con la complicadísima situación que se desatará ante los numantinos, cayendo en una trampa que pondrá en peligro la vida de miles de soldados romanos. Mancino no es un mal hombre, pero sí el menos indicado para hacer frente a un desafío como el que Numancia plantea.

Cayo Blossio

Decurión itálico en las legiones romanas acantonadas frente a Numancia, Blossio se convierte en un amigo de

confianza en Hispania y en Roma, aunque sus posturas políticas no siempre sean coincidentes. A través de Blossio, Tiberio conocerá el parecer de esa gran masa de itálicos que ansían ser ciudadanos romanos de pleno derecho y que aún son considerados meros auxiliares sin voz ni voto. En cierto modo, Blossio será un particular Pepito Grillo para Tiberio y le impulsará a ir más allá de lo establecido.

Cayo Lelio

Mano derecha de Escipión Emiliano, sigue teniendo cariño por Tiberio, aunque ahora la enemistad política les mantenga separados. En ausencia de Emiliano en Hispania, será su portavoz en la ciudad y se enfrentará a Tiberio Graco durante si tribunado; pero también intentará que este sea sensato y piense en la estabilidad del régimen republicano antes que en ambiciones y proyectos que, considera, solo conducen a la discordia y la violencia.

Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión

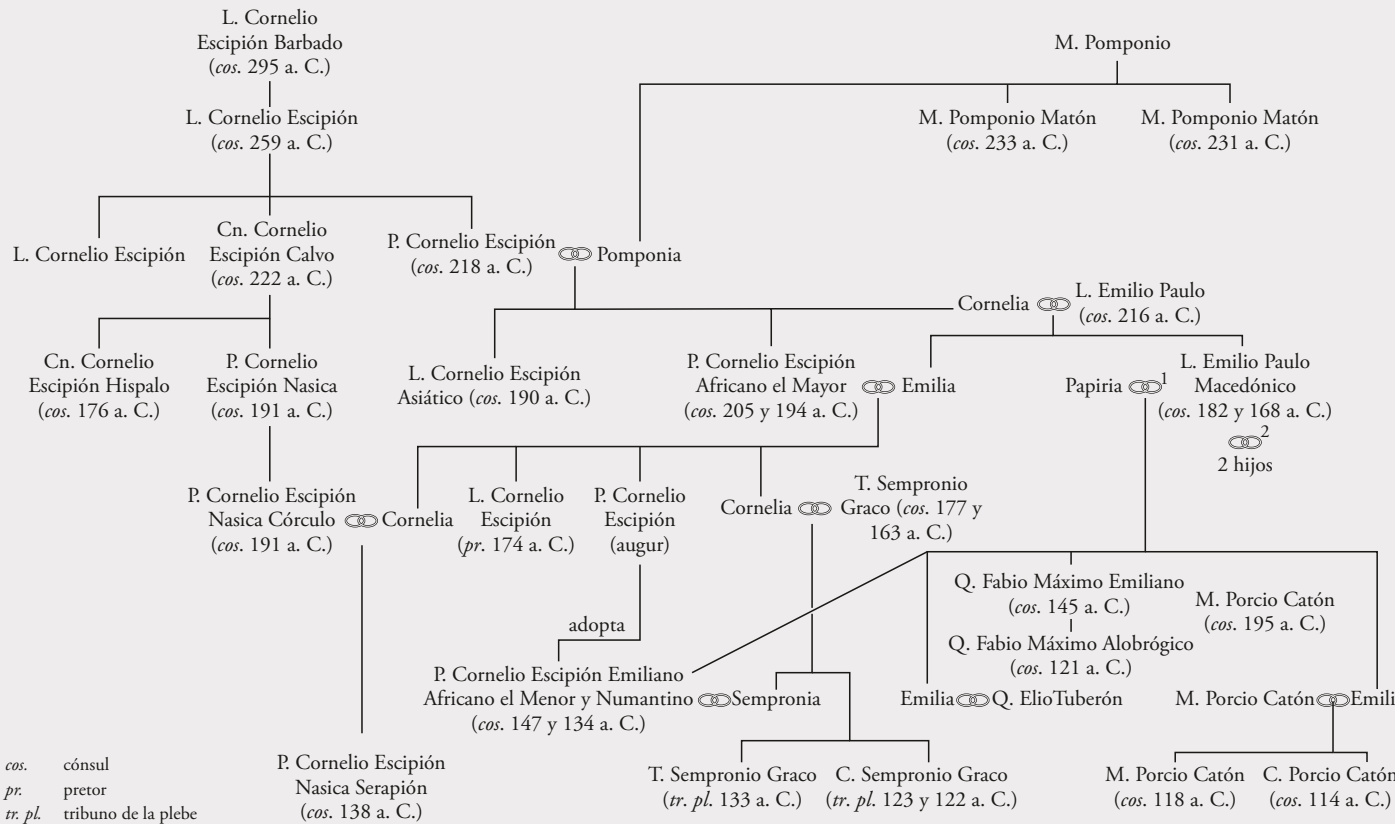
Perteneciente a una rama de la familia de los Escipiones sin tanto lustre como la que encabeza Emiliano, es también primo de los Gracos y uno de los senadores más reaccionarios de la República. Consular y ahora pontífice máximo, se erige en el enemigo más descarnado de Tiberio durante su tribunado, capaz de cualquier cosa, y sin parar mientes en la violencia que puede desatar, para enfrentarse a su primo.

Pertinax y Tito Cluvio

Personajes de ficción que ya conocimos en la anterior novela, ambos representan a los sectores populares de la Roma del periodo. El esclavo Pertinax es ahora el atriense en la casa de Tiberio Graco y sigue siendo una figura paterna para este; le quiere y es leal hasta la muerte. Por su parte, Cluvio, centurión en Cartago, ahora es un tabernero en Roma y cliente de Tiberio, y encarnará la voz de la plebe que ansía un cambio con las reformas de Graco.

Los Cornelios Escipiones y los Sempronios Gracos

Cuadro genealógico





ENTREVISTA AL AUTOR

Hace un año entrevistamos a Luis Manuel López Román acerca de su primera novela en Desperta Ferro Ediciones, *Tiberio Graco. Tribuno de las legiones*, y ahora presenta la segunda entrega, *Tiberio Graco. Tribuno de Roma*. Una novela que cierra el ciclo narrativo alrededor de uno de los personajes más importantes de la historia de Roma y cuyo tribunado de la plebe dio paso al «último siglo de la República romana».

Una primera pregunta inevitablemente nos lleva hacia el final de esta aventura. Tras años de trabajo alrededor de su figura, ¿cómo ha sido despedirse de Tiberio Sempronio Graco?

Muy duro, y con lágrimas en los ojos, tanto en la primera redacción como en las revisiones y correcciones posteriores del manuscrito. El final de la historia de Tiberio tiene una carga dramática inmensa que siempre me ha fascinado, y he querido que la novela lo refleje en profundidad. Sin duda a mí me ha costado despedirme de

Tiberio Graco; pero a los romanos de su tiempo les costó más aún: Tiberio era su campeón, el hombre que se alzó contra las élites para restituir al pueblo sus derechos. Cuando te metes de lleno en un personaje así resulta muy difícil decirle adiós...

En *Tribuno de las legiones* dejamos a Tiberio Graco disfrutando de las mieles del éxito tras la victoria romana en Cartago, en la que tuvo un papel destacado, pero también con la incerteza de saberse ya enemigo de Escipión Emiliano, quien había sido prácticamente un hermano para él. ¿Cómo has trabajado con ellos, y quienes les rodean, ahora que ha pasado un tiempo para ambos?

Ese aspecto ha sido sin duda uno de los complejos a la hora de componer la trama, pero al mismo tiempo también el más fascinante. Las fuentes no nos dicen casi nada de la evolución de las relaciones entre Tiberio y Escipión o entre ellos y el resto de protagonistas de la

«El final de la historia de Tiberio tiene una carga dramática inmensa que siempre me ha fascinado, y he querido que la novela lo refleje en profundidad.»

política de su tiempo. Tenemos apenas unas pinceladas y con ellas tratamos de componer el cuadro entero haciendo uso de la lógica, la coherencia y, cómo no, tratando de que el resultado sea interesante desde el punto de vista literario. La ruptura entre Tiberio y Escipión se produjo, sin duda, sin que sepamos muy bien por qué, aunque todo apunta a que el acercamiento de Graco al círculo de Apio Claudio y su matrimonio con su hija fueron cruciales en esto. Dos primos, que se habían tratado casi como hermanos, que se admiraban y se querían dentro de sus difíciles personalidades, y a los que la política y sus intrigas separan hasta el punto de convertirlos en enemigos... ¿Qué más puede pedir un escritor?

Pasiones humanas, profundas, cambiantes y contradictorias, en estado puro. En esta novela, por ejemplo, tenemos a un Cayo Graco adolescente del que sabemos que acabará sirviendo como tribuno a las órdenes de Escipión en Numancia. ¿Pero cómo es posible que Cayo se pusiera a los órdenes del que era el gran enemigo de su hermano y por tanto de su familia? Aquí teníamos que encontrar una explicación plausible y la hallamos en el corazón rebelde de un joven que no quiere someterse a los dictados de su hermano mayor y que prefiere abrir su propio camino, aunque esto suponga enfrentarse a su familia...

En cierto modo, el lector está esperando llegar a la etapa más conocida de Tiberio Graco, su tribunado de la plebe, pero este deberá pasar antes por Hispania, como cuestor. Sabemos poquísimo del papel de Tiberio en este escenario antes de la infausta firma de los pactos con los numantinos. ¿Qué desafíos se presentaron a la hora de recrear, prácticamente de la nada, la labor de Tiberio como cuestor?

El silencio de las fuentes es un arma de doble filo para el escritor de novela histórica, ya que por un lado te deja solo ante el vacío, pero por otro te da una libertad enorme para dejarte llevar por tu creatividad. Una vez más, aquí he hecho uso de lo que creo que habría sido la evolución lógica y coherente del personaje que construí en la primera novela. Sabemos que los campamentos romanos en Numancia eran un desastre de desorganización, caos y desmotivación después de haber encadenado una derrota tras otra. ¿Cómo habría actuado un magistrado riguroso y

estricto como Tiberio al enfrentarse a una situación así? ¿Cuál habría sido su relación con un cónsul como Mancino, del que sabemos cuál fue su final, pero apenas nada de su carácter? Con sinceridad, dudo mucho que un hombre como Tiberio se hubiera dejado llevar por aquella molicie y aquella corrupción: lo más lógico es pensar que se habría arremangado la túnica y habría puesto toda su energía para conseguir que aquello cambiara. Pero por supuesto era un cuestor, con poderes muy limitados... y eso habría conllevado choques con el cónsul y el resto de su estado mayor. Si a esto le añadimos el desastre que sabemos que las legiones vivieron en Numancia aquel año y que solo la labor de Tiberio logró paliar de algún modo... tenemos ya un marco sobre el que empezar a trabajar.

Hispania, en particular, no solo fue esencial para Tiberio Graco sino para varias generaciones de comandantes romanos que combatieron allí. ¿Un Vietnam romano en muchos aspectos, quizá?

Totalmente. En los tiempos que fueron de la derrota de Aníbal a la llegada de Escipión Emiliano, Hispania se tragó las vidas de miles de legionarios romanos y aliados itálicos, y esto fue fruto

tanto de las condiciones de las guerras contra los celtíberos como de la ineptitud de los magistrados que se ponían al frente de las legiones. Los soldados sabían que a Hispania solo se iba a morir o, con suerte, a entregar los mejores años de sus vidas para regresar a casa envejecidos y más pobres aún de lo que se habían marchado. Esto, como ocurrió en los Estados Unidos de la guerra de Vietnam, tuvo una consecuencia directa en la política interior: los jóvenes se negaban a enrolarse en las legiones, había protestas, se llegó incluso a encarcelar a dos cónsules, que es una de las escenas con las que se abre la novela... Hispania fue la herida por la que Roma estuvo a punto de desangrarse y sin duda el conflicto que dejó al descubierto las muchas carencias de un sistema imperial que estaba lejos de tener unas bases sólidas.

La política en la Roma republicana lo era todo, y a ella estaban intrínsecamente relacionados el mando de las legiones, la dirección de una guerra (y la gestión de la paz) e incluso la religión tradicional. Y la recreas de manera amena para un público que quizá no la conozca en detalle, aun a riesgo de ser demasiado «didáctico». ¿Qué decisiones argumen-

tales tomaste para evitar este problema o quizá solo sortearlo?

Este fue uno de los grandes retos a los que tuve que enfrentarme al abordar esta segunda novela cuyo tramo final aborda precisamente el tribunado de Tiberio Graco, una parte de su vida esencialmente política y marcada por aprobación de leyes, debates, asambleas... situaciones todas ellas que pueden convertirse en áridas para una buena parte de los lectores. La decisión que tomé para no caer en eso fue doble. Por un lado, potenciar más los componentes sociales que los meramente legislativos. Un ciudadano sin casa, un campesino sin tierras, un padre que pierde a sus hijos en la guerra, un esforzado comerciante que ve cómo los nobles se enriquecen con sus corruptelas... son situaciones que cualquier ser humano de todas las épocas y todas las culturas entendería y con los que se vería identificado. Por otro lado, introducir tramas de acción e intriga que, si bien son inventadas, resultan plausibles y coherentes con el contexto histórico al tiempo que añaden dinamismo e interés a la trama. Creo que gracias a estos dos elementos hemos conseguido que la segunda parte de esta novela no se convierta en un tratado de política romana sino que se lea con el interés de un buen thriller con componentes políticos de por medio.

El primer tomo de esta biografía gracana se centraba en unos personajes que crecen, maduran y evolucionan, empezando por el propio Tiberio Graco. Aquí vemos con más detalle a su hermano Cayo, su esposa Claudia o los diversos miembros de la facción de Apio Claudio Pulcro. O a Tito Cluvio, el antiguo centurión en Cartago y ahora tabernero en Roma. ¿Tenías claro cómo serían desde el principio o te dejaste sorprender por los caminos que transitarían mientras ibas escribiendo? ¿Usaste, pues, un mapa o una brújula?

Cuando abordo la escritura de una novela siempre parto de un esquema previo y tengo un mapa esbozado que me señala por dónde irán los personajes. Pero la realidad, y esto es algo que se repite novela tras novela, es que el mapa acaba hecho trizas antes de llegar a las cincuenta páginas. Mis personajes no se dejan manejar, son indomables, y en muchas ocasiones me encuentro con que piden protagonismo al-

gunos que nacieron para ser secundarios en un par de escenas o que el que estaba destinado a ir por un camino acaba tomando otro muy diferente. Esto ocurre especialmente con los personajes no históricos, aquellos que nacen por completo de mi imaginación, ya que los que están documentados en las fuentes tienen unos hitos que se han de respetar y por los que hay que pasar. Sin embargo, incluso estos te sorprenden en ocasiones.

El Tiberio Graco que has creado para esta novela quizá sorprenda a muchos lectores, pues en general hay una imagen casi preconcebida de su figura, sobre todo a partir del significado que *a posteriori* tendría su tribunado de la plebe. ¿Cómo ha sido recrear «tu» Tiberio Sempronio Graco, sabiendo además que el lector ya sabe cómo termina todo?

Es todo un reto, sin duda, contar una historia cuyo final la mayor parte de los lectores ya conoce, aunque es una situación que se da a menudo en la novela histórica y que es parte de su encanto. Ya sé dónde termina este camino, ahora hazme disfrutar mientras lo recorro. Y eso es precisamente lo que he intentado: construir un Tiberio Graco tan apasionado, tan comprometido, tan hijo de su tiempo y sobre todo tan fieramente humano que el lector fuera capaz de sentir cada una de sus congojas, de sus miedos, de sus inseguridades. Que cuando llegáramos a esa última asamblea en lo alto del Capitolio, todos tuviéramos un nudo en la garganta y el estómago encogido, porque sabemos qué es lo que va a pasar, pero de algún modo tenemos la esperanza de que no ocurra, de que ese personaje con el que

hemos llorado, sangrado y reído, se salve y vea un nuevo amanecer. Yo he escrito las últimas cien páginas con el corazón encogido, porque este Tiberio se ha convertido en parte de mí mismo... una parte que estaba destinada a cumplir su destino. Ojalá el lector comparta estas mismas sensaciones.

En la novela no se trata en términos modernos, claro está, pero la sombra del populismo, tal y como lo entendemos hoy en día, subyace en las decisiones que toma Tiberio Graco. ¿Es la suya una política «populista»?

No creo que usar el término populismo sea del todo anacrónico cuando hablamos de la política de la Roma republicana. En esta época, y antes también, existieron políticos de diverso signo que hicieron de la agitación y las promesas vacías al pueblo el gran motor de sus carreras. Pero si lo aplicamos al caso de Tiberio habría que matizar mucho y comenzar por desterrar mitos muy arraigados en su figura. En primer lugar, su ley agraria, una ley que no fue obra de Tiberio por mucho que algunos historiadores se empeñen, sino de miembros de su grupo político mucho más experimentados y versados en estos temas que él. La ley Semproniana agraria era una ley que sin duda beneficiaba al pueblo pero que era vista como algo muy necesario por una parte de las oligarquías romanas, incluidos algunos nada sospechosos de ser peligrosos revolucionarios. Sin embargo, para aprobar y desarrollar esta ley, Tiberio tuvo que forzar al máximo los poderes que tenía como tribuno de la plebe, y aquí sí que se vio arrastrado en una deriva con un cierto componente populista. Cuando el Senado le dio la espalda, Tiberio tuvo que elegir entre abandonar su reforma o echarse en brazos del pueblo, y escogió este último camino. Como tribuno de la plebe Tiberio tomó decisiones que, aunque podían defenderse con la tradición romana en la mano, desde luego fueron interpretadas como populismo de la peor clase por sus contemporáneos. Y en sus últimos momentos Tiberio hizo un uso de las masas que sí cae por completo en este término. ¿Fue Tiberio Graco, en conclusión, un político populista? Sí, en los últimos momentos de su carrera y solo cuando no le quedó más salida que aquella.

En relación con la leyenda que rodea a los hermanos Graco, erigidos en iconos atemporales de la defensa de los más desfavorecidos, ¿puede «enseñarnos» algo hoy en día una figura como la de Tiberio Sempronio Graco?

Es difícil sacar enseñanzas de la Historia para aplicarlas al presente sin caer en anacronismos. Pero arriesgándome a caer en análisis de trazo grueso diría hay elementos de la situación en la Roma del

siglo II a. C. que bien pueden asemejarse a algunos actuales. Si pensamos en la crisis de vivienda que atravesamos hoy en día, que ha hecho que el precio de las casas, tanto en propiedad como en alquiler, hayan subido muy por encima de lo que han hecho los salarios y que han hundido el nivel de vida de millones de seres humanos, es fácil hacer la comparativa con esos romanos que se veían expulsados de sus tierras y obligados a habitar en infraviviendas en las ciudades. La ley agraria de Tiberio intentó paliar este problema limitando la cantidad de tierras que las élites podían acaparar y repartiendo los excedentes al pueblo desposeído. ¿Imaginamos qué pasaría hoy con un político que defendiera hasta sus últimas consecuencias la expropiación de vivienda en manos de un mismo propietario y su reparto posterior entre las clases humildes? Si dejamos volar la imaginación es probable que

resuenen en nuestra mente los ecos de aquella matanza en el Capitolio en la que acabó el proyecto reformista de Tiberio.

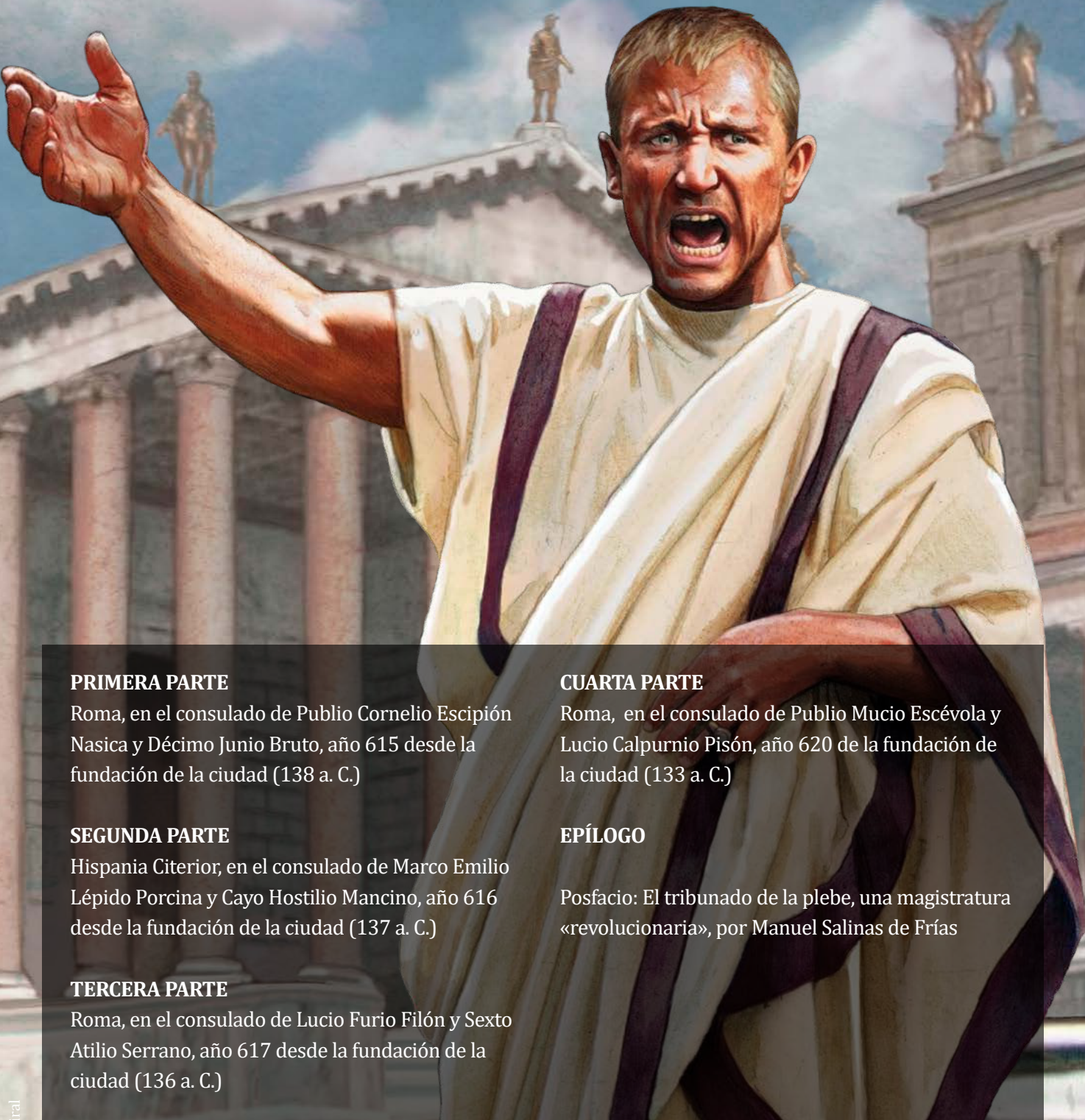
Para terminar, ¿qué horizontes narrativos se abren para Luis Manuel López Román?

Muchos horizontes y muchos personajes pidiendo paso en mi cabeza... Cada vez que leo un libro de no ficción o leo un artículo de prensa pienso “aquí hay una novela”. A corto plazo tengo muchas ganas de volver al siglo I a. C. y de pasear de nuevo por las calles de la Subura para fisgar en las tabernas, entrar en las sedes de los *collegia* y codearme con la plebe romana en su expresión más auténtica y brutal. Me apetece seguir jugando con los géneros, mezclando cosas, llevando a épocas pasadas estructuras narrativas del presente. Y también tengo la espina clavada de volver a mis orígenes de investigador y escribir algo de no ficción. ¡Y todo esto mientras suenan cantos de sirena de poder escribir guiones de cine y seguir divulgando historia en redes y páginas webs!



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS



PRIMERA PARTE

Roma, en el consulado de Publio Cornelio Escipión Nasica y Décimo Junio Bruto, año 615 desde la fundación de la ciudad (138 a. C.)

SEGUNDA PARTE

Hispania Citerior, en el consulado de Marco Emilio Lépido Porcina y Cayo Hostilio Mancino, año 616 desde la fundación de la ciudad (137 a. C.)

TERCERA PARTE

Roma, en el consulado de Lucio Furio Filón y Sexto Atilio Serrano, año 617 desde la fundación de la ciudad (136 a. C.)

CUARTA PARTE

Roma, en el consulado de Publio Mucio Escévola y Lucio Calpurnio Pisón, año 620 de la fundación de la ciudad (133 a. C.)

EPÍLOGO

Posfacio: El tribunado de la plebe, una magistratura «revolucionaria», por Manuel Salinas de Frías

DOSIER DE PRENSA

PRIMERA PARTE, CAPÍTULO 14

Tiberio dio a los centuriones las órdenes pertinentes para que estos las transmitieran a los *optiones*. Aquella noche, todos los legionarios harían guardia en el perímetro de la muralla, tanto en las torres como detrás de la propia valla. El muro estaba formado por una serie de estacas de más de ocho pies de altura, afiladas todas ellas en su punta y situadas en lo alto de un terraplén de tierra y rocas frente al cual se había excavado un foso de dimensiones modestas. Cada cierta distancia se alzaban torres desde las que los legionarios podían defender el perímetro y evitar que el enemigo superara la empalizada.

Mientras hacía el recorrido de la muralla para comprobar que ningún punto estuviera desguarnecido ni presentara evidentes fallas estructurales, Tiberio pensó en las fortificaciones que Escipión había levantado en el istmo frente a Cartago. A diferencia de la endeble valla de madera que revisaba en aquel momento, Emiliano había logrado alzar toda una fortaleza de varias millas de longitud, construida con roca y con almenas desde las que los legionarios podían defender la posición. En contraposición, el cuestor se lamentó de todo el tiempo que las legiones habían perdido aquel invierno, un tiempo que podía haberse dedicado a levantar muros más sólidos en lugar de a jugar a los dados y yacer con prostitutas mientras el cónsul miraba sus mapas una y otra vez.

Con un nudo en la garganta, pensó que aquella pequeña empalizada sería incapaz de frenar un auténtico ataque organizado, incluso aunque el enemigo no contara con maquinaria de asalto. Los más veteranos en otros enfrentamientos con los celtíberos le habían confirmado que hasta la fecha jamás habían visto a los numantinos hacer uso de máquinas de asedio más complejas que un ariete. Tiberio elevó una plegaria a los dioses para que aquello fuera cierto.

Los diez centuriones fueron distribuidos a lo largo de la empalizada de forma desigual, reforzando aquellas zonas en las que Tiberio creía que era más probable que se produjera el ataque. La decisión respondió más a una corazonada que a un auténtico criterio racional, ya que el propio campamento se había levantado en una zona en la que los elementos naturales no jugaban papel defensivo alguno. Durante sus muchos paseos a caballo junto a Blossio en los meses anteriores, Tiberio había encontrado al menos una decena de puntos cercanos donde, a su juicio, el campamento habría tenido una mejor ubicación. Un error más de los muchos cometidos por sus antecesores, deploró, y que entonces se veía obligado a asumir.

Una vez finalizada la inspección, Tiberio subió a la torre junto a la puerta norte, que daba justo al punto frente al que, varias millas más allá, se alzaba la ciudad de Numancia. Si los numantinos optaban por un

ataque frontal marchando desde su ciudad y sin dar rodeos, aquel sería el lugar donde se produciría el choque. Junto a él se encontraban los legionarios Fadio y Postumio, dos soldados rasos en los que confiaba más que en cualquiera de los centuriones.

—¿Cuál es el ánimo entre los hombres? —preguntó el cuestor mientras contemplaba un horizonte en el que la luz mortecina del atardecer se apagaba para dar paso a la noche.

—Hay de todo —respondió Postumio, el más joven de los dos—. Algunos se muestran agradecidos por el hecho de que hayas permitido que las mujeres y los niños se queden dentro del campamento, y desde luego están dispuestos a luchar hasta la muerte. Otros, por el contrario, están muy asustados.

—Asustados es poco. Más de uno tiene el fondillo de la túnica manchado de mierda, cuestor. No han participado en ninguna batalla, mucho menos en una tan desfavorable como esta —intervino Fadio, más visceral y, como veterano, con más confianza para usar términos malsonantes ante un magistrado—. Pero saben que no les queda más remedio que luchar.

—¿Qué iban a hacer, si no? ¿Correr hasta Tarra-co? —dijo Postumio con una sonrisa sarcástica en el rostro.

Él era uno de los legionarios bisoños de los que hablaba el veterano. Había llegado a Hispania hacía un año y jamás se había medido contra enemigo alguno. Pero, a diferencia de sus compañeros, Postumio había entrenado duramente con Tiberio desde que este le reclutó para su escolta y aquello le dotaba de una confianza en sí mismo y en sus posibilidades de las que carecía el resto.

—Confiemos en que estén a la altura cuando llegue el momento —dijo Tiberio, con rostro de preocupación.

En aquel instante, el cuestor habría dado cualquier cosa por tener a su disposición la centuria de Quinto Opio que había mandado en Cartago. Junto a aquel centurión y sus hombres se habría sentido capaz no solo de repeler el ataque sino incluso de asaltar las murallas de Numancia aquella misma noche.

Como si se hiciera eco de sus pensamientos, Fadio añadió:

—Ojalá el viejo Opio estuviera aquí con nosotros. Tiberio asintió.

—Quinto Opio se ha ganado su descanso. Ahora es nuestro turno de demostrar lo que valemos.

Cuando cayó la noche, se encendieron numerosas antorchas en todo el perímetro de la empalizada. Tiberio dio orden de que los hombres movieran aquellos puntos de luz con ellos en sus movimientos por las torres y que las asomaran en la medida de lo posible por encima del muro. El objetivo era que, si el enemigo

observaba el campamento desde la distancia en medio de la noche, creyera que aquella abundancia de luces correspondía a una existencia pareja de hombres. En aquellos momentos era más que probable que el enemigo supiera la cantidad exigua de legionarios que protegía el campamento gracias a los informes que, antes de escapar, les habrían pasado aquellos hispanos que residieron allí. Pese a ello, Tiberio pensó que la visión de muchas llamas en movimiento tendría algún efecto en los numantinos que pretendieran caer sobre ellos.

Las horas fueron pasando y nada quebró la quietud de la noche en el páramo. Las cigarras y los grillos, ajenos a las disputas de los humanos, cantaban en la pradera, en una noche sin viento e iluminada parcial-

TERCERA PARTE, CAPÍTULO 4

De inmediato se corrió por Roma la voz de que solo el cónsul Mancino sería condenado por el asunto de Numancia. La plebe urbana, que estaba preparado para protestar en caso de que la condena se extendiera a otros magistrados, mostró su acuerdo con aquella decisión. Todos los legionarios que combatieron bajo las órdenes del cónsul eran conscientes de la ineptitud de aquel noble, y así se lo habían transmitido a sus familiares y amigos. Que aquel tipo cayera en desgracia les parecía un final más que adecuado. Mancino, de hecho, tuvo que salir de la Curia de forma discreta y caminar por callejas secundarias hasta llegar a su casa, escoltado por sus esclavos, temiendo que la plebe le utilizara de chivo expiatorio del mismo modo que habían hecho los senadores, pero con más violencia.

Como era de esperar, nadie en aquella muchedumbre se preocupó por el destino de los pactos firmados con los numantinos. Una vez salvada la vida y de vuelta en casa, poco les importaba a ellos el impacto que aquello tuviera en las relaciones con los pueblos hispanos. Las decisiones de política exterior estaban muy lejos de ser las preocupaciones de aquellos miles de hombres y mujeres, más atentos a poder pagar el pan y el aceite de sus despensas que en la dignidad del nombre de Roma allende los mares.

Pero el pueblo no olvidó el rostro y el nombre de aquellos que habían salvado la vida a sus hijos y hermanos. Por ese motivo, cuando Tiberio Graco salió de la Curia, con rostro sombrío y meditabundo, la plebe que todavía estaba reunida en el Foro prorrumpió en

mente por una luna en su fase creciente. Tiberio se habría sentido más seguro de haber una enorme luna llena en el cielo que iluminara los campos con su luz plateada, pero al menos no había nubes, y aquella luna tímida arrojaba algo de luminosidad que le permitía atisbar las siluetas del horizonte.

—¿Crees que atacarán esta noche, cuestor? —preguntó Postumio en la hora más oscura y fría, cuando ya quedaba poco tiempo para las primeras luces del alba.

—Tal vez hayan cambiado de idea al creer que somos numerosos —respondió Tiberio con tono poco convencido de la veracidad de sus palabras.

El amanecer demostró que estaba equivocado.

vítores y aplausos y coreó su nombre. Tiberio, en un primer momento, no se percató del motivo de aquella algarabía. Caminaba junto a Claudio y los suyos, esperando a que llegaran los reproches y sermones por haber roto el plan que tan cuidadosamente habían trazado entre todos. Tuvo que ser su suegro, cuyo enfado parecía haberse esfumado, quien le tomó del brazo y le indicó que levantara la cabeza para contemplar lo que estaba ocurriendo en la principal plaza de Roma. En un primer momento, Tiberio siguió sin entender nada, pero finalmente escuchó su nombre y cobró conciencia de que él era el foco de todas las miradas. En ese momento, levantó una mano para saludar y la plebe estalló en gritos de júbilo. Tiberio saludó con más energía y sonrió.

Claudio se encargó de que todos los miembros de la *factio* se ubicaran en torno a Tiberio y se dejaran ver por el pueblo. Escévola, más tímido que el resto, se quedó en un segundo plano, pero otros, como Carbón, comenzaron a saludar como si aquel momento les perteneciera también a ellos.

—Hoy te has arriesgado mucho —dijo Apio Claudio a Tiberio en voz baja y sin dejar de sonreír y mirar a la muchedumbre.

—No podía hacer otra cosa —respondió Tiberio—. Lamento haberos engañado.

—Eso ya no tiene importancia —añadió Apio—. Ahora hay otros asuntos que requieren nuestra atención. Tengo planes, Tiberio, grandes planes. Y tú tendrás un papel muy importante en ellos.

CUARTA PARTE, CAPÍTULO 6

Cuando el silencio se hubo hecho de nuevo, Tiberio comenzó a hablar.

—*Quirites*, compatriotas, mi corazón está lleno de dicha al ver a tantos de vosotros reunidos hoy aquí. No os ocultaré mi emoción, pues lo que tengo que exponer, las cosas de las que hablaré, serán sin duda lo más importante que Roma haya escuchado en mucho tiempo. Año tras año, los tribunos de la plebe se suben a esta tribuna y pronuncian grandes discursos, cargados de buenas intenciones, llenos de promesas. Nobles deseos y propuestas que se quedan siempre en nada. ¡Palabras vacías, ciudadanos! ¡Humo, vacío, mentiras y más mentiras!

Tiberio comenzó su discurso en un tono bajo y lo fue subiendo lentamente hasta acabar gritando y gesticulando para señalar a todos los edificios que los rodeaban, como si aquellos templos y basílicas fueran la representación pétrea de todas las mentiras que los magistrados romanos habían contado al pueblo durante siglos. La reacción de la muchedumbre fue inmediata: vítores, exclamaciones de júbilo y algún que otro insulto dirigido hacia la escalinata de la Curia donde estaban los senadores.

—Pero yo os digo que conmigo como tribuno, como defensor de vuestros intereses, las cosas van a cambiar. No oiréis de mis labios una sola propuesta que no esté dispuesto a cumplir. ¡No os traeré aquí ni un solo proyecto por el que no esté dispuesto a luchar hasta el final! Vosotros, ciudadanos, sois Roma. Sois vosotros los que decidís el destino de nuestro pueblo, ya que sois también vosotros los que lucháis en las guerras, los que sangráis ante los enemigos y los que regáis la tierra con el sudor de vuestra frente. Hoy este tribuno de la plebe presentará una nueva ley agraria. ¡Y seréis vosotros, y solo vosotros, quienes decidáis si esta ley se aprueba o no!

Craso se volvió hacia Claudio. En líneas generales, Tiberio se estaba ciñendo al discurso que habían pactado entre todos, pero a medida que avanzaba y su tono se hacía más encendido, comenzaba a introducir elementos y expresiones que eran de su propia cosecha.

—¿Dónde queda aquello de que Roma es la unión del Senado y el pueblo? —preguntó.

Claudio se encogió de hombros. A diferencia de su amigo, estaba solo centrado en la reacción de la masa, y no en las palabras que Tiberio estaba utilizando.

—Una ley agraria, *quirites* —continuó, al tiempo que empezaba a pasear por la tribuna—, que acabará con los grandes problemas que hoy os encadenan al sufrimiento y la miseria. Una ley agraria que devolverá al pueblo romano su dignidad, arrebatada en los últimos tiempos por la codicia de unos pocos. Pues es

insostenible, ciudadanos, comprobar que, mientras las bestias del campo tienen madrigueras en las que guarecerse cuando llega el invierno, los ciudadanos de Roma no tienen ni una yugada de tierra que puedan llamar suya. Clama a los cielos, *quirites*, que vosotros, que habéis conquistado Cartago y Corintio, que habéis puesto de rodillas a los monarcas de oriente y a las tribus del norte, no tengáis una parcela en la que ubicar los sepulcros de vuestros padres, un campo que trabajar con orgullo en la juventud y que legar a vuestros hijos cuando os llegue la vejez. Y es que yo, como tribuno de la plebe, no puedo soportar... es más, ¡no voy a soportar ni un instante más que los cónsules y los pretores os arenguen antes de la batalla y os animen a luchar por vuestros altares y por los sepulcros de vuestros padres! —elevó el tono—. ¿Qué altares, *quirites*? ¿Qué sepulcros? ¡Si hasta eso se os ha negado! ¡Hasta eso se os ha arrebatado!

Al escuchar la mención a los pretores y los cónsules, más ciudadanos se volvieron hacia la Curia y alzaron los brazos hacia los senadores, profiriendo todo tipo de insultos que fueron respondidos por el silencio incómodo de los *patres*. Tiberio continuó con su discurso, cada vez más emocionado.

—Pero esta situación terminará en el momento en que la *lex agraria* se convierta en una realidad. Y para que nadie pueda decir que os oculto cosas, que hago promesas que después no se ajustan a la realidad, os detallaré ahora en qué consistirá esta ley en la que he trabajado durante meses.

De forma más pausada y didáctica, Tiberio pasó a enumerar una por una las principales características de la ley tal y como Claudio, Escévola y Craso la habían definido. En este punto, el tribuno no se apartó ni un ápice de las directrices que recibió de sus aliados. Debía poner énfasis en los muchos beneficios que la ley tendría para la plebe, pero sin recrearse en que todo esto se conseguiría recortando los patrimonios de senadores y caballeros. La reacción del Senado ya sería lo bastante negativa sin que, además, se les arrojara aquella información por primera vez ante el pueblo y sin posibilidad real de réplica.

A pesar de todo, la reacción de la mayor parte de los senadores cumplió los peores pronósticos de los promotores de la ley. Al escuchar que la cantidad de *ager publicus* en manos de un mismo propietario quedaría reducida a quinientos *iugera* y que el resto sería confiscado y repartido, muchos senadores comenzaron a gritar y a agitar sus puños del mismo modo en que la plebe había hecho desde el comienzo del discurso. Por fin, la *factio* de Claudio mostraba su proyecto a las claras, y este no podía ser más lesivo para los intereses del orden senatorial de Roma.

CUARTA PARTE, CAPÍTULO 20

Mientras Nasica reflexionaba y otros senadores salían por las puertas del templo, Tiberio se dirigió a la cercana tribuna de los oradores. Subió las escaleras y se situó en el centro de la plataforma, desde la que se dominaba la explanada del Foro Romano. Aquel día la actividad de la plebe en Roma era la propia de un día de trabajo ordinario, por lo que solo había allí apenas un centenar de hombres y mujeres que vendían y compraban sus mercancías o cruzaban la plaza para dirigirse a otros puntos de la ciudad. A diferencia de las asambleas que había convocado a comienzos del año, en aquellas fechas Tiberio sabía que no podía contar con la plebe rural, ocupada por las muchas labores de los campos propias de la temporada. El tribuno miró a la muchedumbre a sus pies, que, alertada de su presencia, comenzaba a acercarse a los *rostra*. Apenas un centenar de personas que lo miraban con rostros a medio camino entre la curiosidad y el entusiasmo.

«Tendrá que servir», pensó Tiberio.

—Pueblo de Roma —dijo—, todos habéis oído el rumor de la llegada de un emisario del reino de Pérgamo para anunciar que su rey os ha nombrado herederos de todas sus posesiones. Y ha sido a mí, Tiberio Sempronio Graco, a quien ha nombrado responsable de que esta última voluntad sea cumplida. Por ese motivo yo, *quirites*, os convoco en el Campo de Marte dentro de tres días para votar en asamblea una nueva ley, que permita convertir el reino de Pérgamo en una provincia de Roma y que al mismo tiempo me otorgue poderes para invertir todas las riquezas del tesoro de este reino en el desarrollo de la *lex Sempronia agraria*. ¡Si el pueblo de Roma es el heredero del reino de Pérgamo, que sean los ciudadanos de Roma reunidos en asamblea quienes decidan su destino!

Mientras Tiberio hablaba, Tito Cluvio y algunos de sus hombres se repartieron por diversos puntos del Foro, y cuando el tribuno acabó su breve intervención, prorrumpieron en aplausos, arrastrando con ellos a muchos otros. Algunos, sin embargo, se encogieron de hombros y siguieron con sus tareas y obligaciones tras hacer algún comentario desdeñoso. El tribuno, al con-

templar aquella fría reacción, decidió bajarse de la tribuna y no alargar el momento. Tenía mucho que hacer si pretendía que la ley sobre el testamento de Pérgamo fuera aprobada por una plebe que a todas luces había perdido el interés por los repartos de tierras.

Los senadores contemplaron el discurso de Tiberio y la reacción de la plebe desde el pórtico ante el templo de Saturno. Algunos hablaban con franca preocupación de la deriva de Tiberio, y no fueron pocos los que se acercaron a los miembros de la facción de Claudio para pedirles unas explicaciones que estos estaban lejos de poder darles. La mayoría, sin embargo, comentaban ceñudos que alguien debía intervenir de forma enérgica y lamentaban que Escipión Emiliano, el único, según decían, capaz de poner fin a aquella locura, estuviera lejos, en Hispania.

—A esto nos ha llevado vuestra ambición —dijo Metelo a Escévola, que seguía refugiado detrás de sus lictores y movía nervioso las manos, sin atreverse a hablar con nadie—. Confío en que Apio Claudio Pulcro regrese a Roma cuanto antes y meta en cintura a su yerno.

Metelo no dio oportunidad a Escévola de responder, ya que se marchó antes de que este pudiera decir nada. El cónsul sabía que tampoco la vuelta de Apio Claudio solucionaría nada. Tiberio había quemado ya demasiados puentes y no había vuelta atrás para él. Lo único que les quedaba era tratar de minimizar los daños y rezar a los dioses para que el año de su tribunado terminara cuanto antes.

Nasica se quitó de en medio con excusas a todos los senadores que trataron de acercarse a él con intención de charlar o pedirle su parecer acerca de lo ocurrido aquella mañana. El pontífice máximo recorrió el pórtico del templo de Saturno a solas y miró en dirección al Foro. Ligeramente apartado de la multitud que rodeaba a Tito Cluvio, un hombre miraba hacia Nasica de forma disimulada. Servio no tuvo que decir nada para que el senador entendiera su silenciosa pregunta.

«¿Qué debemos hacer?».

El pontífice asintió y para el sicario quedó todo dicho.



Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com

